

sin duda con relacion á su tiempo; hoy no sucede así. Pero ya que ellas se han despojado de su sexo para vestirse del otro, queden por lo tanto condenadas á participar de todas las enfermedades, de aquel cuyos vicios han adoptado. *Maldigalas el cielo, por la infame usurpacion que esas miserables han tenido valor de hacer de lo nuestro* (1). Hay sin duda ninguna enfermedades, que no son, y nunca se habrá dicho bastante, sino resultados accidentales de una ley general; el hombre mas bueno debe morir; y dos hombres que dan una carrera forzada, uno para salvar á su semejante, y otro para asesinarle, pueden uno y otro morir de pleuresia; pero qué número tan espantoso de enfermedades en general y de accidentes particulares hay que no se deben mas que á nuestros vicios! Recuerdo que Bossuet, predicando ante Luis XIV y toda su corte, trajo á la medicina por testigo sobre las funestas consecuencias de la voluptuosidad (2). Tenia gran razon en citar lo que habia de mas apremiante y mas admirable; pero hubiera tenido derecho á generalizar la observacion; y por mi parte no puedo resistirme á la opinion de un nuevo apologista, que ha sostenido que todas las enfermedades tienen su origen en algun vicio proscripto por el Evangelio; que la ley santa contiene tanto la verdadera medicina del cuerpo como la del alma, de manera que en una sociedad de justos que hicieran uso de ella, la muerte no seria mas que el término inevitable de una vejez sana y robusta; opinion que fué, segun creo, la de Origenes. Lo que nos engaña bajo este punto, es que cuando el efecto no es inmediato, no lo percibimos; pero no es menos real por ello. Las enfermedades, una vez establecidas, se propagan, se amplian, se amalgaman por una afinidad funesta, de suerte que hoy sufrimos acaso el castigo fisico de un exceso cometido hace mas de un siglo. Sin embargo, á pesar de la confusion que resulta de estas horribles combinaciones, la analogia entre los crímenes y las enfermedades es visible para todo observador atento. Hay enfermedades, así como delitos, ac-

(1) Así es en efecto ó poco menos. Sin embargo se hará bien en leer el testo. El espantoso cuadro que aquí presenta Séneca, merece igual atencion de parte del médico que del moralista.

(2) «Han inventado jamás los tiranos torturas mas insostenibles, que las que hacen sufrir los placeres á los que á ellos se abandonan? Ellos han traído al mundo enfermedades desconocidas al género humano; y los médicos enseñan de comun acuerdo, que las funestas complicaciones de síntomas y de enfermedades que desconciertan su profesion, confunden sus esperiencias, y desmienten tan amenudo los antiguos aforismos, tienen su origen en los placeres.» (Sermon contra el amor á los placeres, I. Punto.)

Este hombre habla de todo lo que quiere, nada hay que esté mas alto ni sea bajo que él.

tuales y originarios, accidentales, habituales, mortales y veniales. Hay enfermedades de cólera, de gula, de incontinencia, etc. Observad además que hay crímenes que tienen caractéres y por consiguiente nombres distintos en todos los idiomas, como el asesinato, el sacrilegio, el incesto, etc.; y otros á quienes no podria designarse sino por términos generales, tales como los de fraude, injusticia, violencia, malversacion, etc.; y de la misma manera hay enfermedades caracterizadas, como la hidropesia, la tisis, la apoplejia, etc.; y otras que no pueden ser designadas sino por los nombres genéricos de malestar, de incomodidades, de dolores, de fiebres *innominadas*, etc. Y cuanto mas virtuoso es el hombre, mas al abrigo se halla de las enfermedades que tienen nombres propios.

Bacon, aunque protestante, no ha podido menos de fijar su mirada observadora en el gran número de santos (principalmente monjes y solitarios) á quienes ha favorecido Dios con la longevidad; y no es menos notable la observacion contraria, pues que no hay un vicio, ni un crimen, ni una pasion desordenada que no produzca en el orden fisico un efecto mas ó menos funesto, mas ó menos lejano. Se deduce de la analogia entre las enfermedades y los crímenes, que el divino Autor de nuestra Religion, que era el maestro para autorizar su mision á los ojos de los hombres, encendió volcanes ó hizo caer el rayo; pero no derogó nunca las leyes de la naturaleza, sino para hacer beneficios á los hombres; que este divino Maestro, digo, antes de curar las enfermas que se le presentaban, no dejaba de perdonarles sus pecados, ó se dignaba dar un público testimonio de la fé viva con que los habia reconciliado (1): y qué cosa hay mas notable que lo que dijo al leproso: «ya veis que os he curado; guardaos ahora de pecar, para que no os suceda algo peor.»

Parece que uno se ve conducido á penetrar en cierto modo este gran secreto, si se reflexiona sobre una verdad cuya sola enunciacion es una demostracion para todo el que sabe algo en filosofia, á saber: «que ninguna enfermedad puede reconocer una causa material.» Sin embargo, aunque la razon la revelacion y la esperiencia se reunan para convencernos del funesto enlace que existe entre la enfermedad moral y la enfermedad fisica, no solamente nos negamos á reconocer las consecuencias materiales de esas pasiones que no residen en el alma, sino que ni examinamos bastantemente los destrozos de las que tienen su origen en el orden fisico, y cuyas consecuencias sensibles de-

(1) Bourdaloue ha hecho la misma observacion, en su sermon sobre la predestinacion: VIS SANUS FIENI? Obra maestra de una lógica sana y consoladora.

bieran horrorizarnos. Mil veces, por ejemplo, hemos repetido el antiguo adagio, *que la mesa mata mas que la guerra*; y sin embargo de eso hay bien pocas personas que reflexionen bastante en la inmensa verdad de este axioma. Si cada uno se examinara severamente asimismo, quedaria convencido de que come la mitad mas de lo que debe. Del esceso en la cantidad, pasa al abuso en la cualidad. Examinad en todos sus detalles ese arte perverso de escitar el apetito engañoso que nos mata; pensad los innumerables caprichos de la intemperancia, en esas *composiciones* seductoras que son precisamente para nuestro cuerpo lo que los malos libros para nuestra alma, que por este medio queda á la vez sobrecargado y corrompido; y vereis claramente como la naturaleza, atacada continuamente por tales escesos, combate estérilmente contra nuestros atentados de cada momento; y como, apesar de sus maravillosos recursos, sucumbe al fin y como recibe en nosotros el germen de mil enfermedades. La filosofía habia adivinado desde hace mucho tiempo que toda la sabiduria del hombre se hallaba encerrada en dos palabras; *SUSTINE ET ABSTINE* (*sufre y abstente*. Este es el famoso *ANEXOT KAI AIBEXOT* de los estóicos.) Y aunque esta débil legisladora se presta al ridiculo aun en sus mejores leyes, porque carece de medios para hacerse obedecer, sin embargo es menester ser equitativos con ella y tener en cuenta las verdades que ha publicado; ha comprendido muy bien que siendo viciosas las mas fuertes inclinaciones del hombre que tienden al punto de destruir la sociedad, él era su mayor enemigo, y que cuando habia aprendido á vencerse, lo sabia todo (1). Pero la ley cristiana, que ve la voluntad revelada del que todo lo sabe y todo lo puede, no se limita á consejos estériles: hace de la abstinencia en general, ó de la victoria habitual ganada sobre nuestros deseos, un precepto capital que debe servir al hombre de regla en toda la vida, y mas aun, de la privacion mas ó menos severa, mas ó menos frecuente de los placeres de la mesa, aun los permitidos, constituye una ley fundamental que puede muy bien ser modificada segun las circunstancias, pero que permanece siempre invariable segun su esencia. Si meditáramos sobre la privacion que llama *ayuno*, considerándola de una manera espiritual, nos bastaria escuchar y comprender á la Iglesia cuando dice á Dios, con la infalibilidad que ha recibido de él: *te sirves de la*

(1) El mas sencillo, el mas piadoso, el mas humilde, y por todas estas razones el mas profundo de los escritores ascéticos, ha dicho: «que nuestro negocio diario es el de hacernos mas fuertes que nosotros mismos.» *Hoc debet esse negotium nostrum... quotidie se ipso fortiolem fieri.* (de *Imit.* ch. 1. 33.) máxima que seria digna del Epicteto cristiano.

abstinencia corporal para elevar nuestros espíritus hacia ti, para reprimir nuestros vicios, y para darnos virtudes dignas de recompensa (1); pero yo no quiero salirme del dominio temporal; me ha sucedido muchas veces pensar con admiracion y aun con reconocimiento en esa ley saludable que opone abstinencias corporales y periódicas á la accion destructora que ejerce la intemperancia en nuestros órganos, y que impide al menos que esta fuerza se haga acelerada obligándola siempre á comenzar de nuevo. Nada se imaginó jamás que fuese mas sabio, ni aun con relacion á la simple higiene; nunca se conyino mejor la ventaja temporal del hombre con sus intereses y necesidades de orden superior.

EL SENADOR.

Acabais de indicar una de las fuentes mas grandes del mal físico, y que por sí solo justifica en gran parte á la Providencia en sus vias temporales, cuando nos atrevemos á juzgarla bajo este aspecto; pero la pasion mas desenfrenada y mas cara á la naturaleza humana es tambien la que mas debe fijar nuestra atencion, pues que por sí sola derrama mas enfermedades sobre la tierra que todos los otros vicios reunidos. Nos horrorizamos del homicidio; pero ¿qué son todos los homicidios reunidos y la guerra misma comparados con este vicio que es como el principio malo, *homicida desde su origen. Homicida ab initio.* (Joan. VIII, 44), que obra todo lo posible, que mata lo que todavia no existe y que no cesa de ejercitarse en las fuentes de la vida para embrocharlas ó corromperlas? Como debe existir siempre en el mundo en virtud de su constitucion actual, una conspiracion inmensa para justificar, para embellecer, y aun casi para hacer sagrado este vicio, no hay uno, sobre el que hayan acumulado los santos libros mas anatemas temporales. El sabio nos anuncia con delicada sabiduria las funestas consecuencias de las *noches culpables*; y si miramos á nuestro alrededor con ojos puros y bien dirigidos, nada se opone para que podamos observar el incontestable convencimiento de esos anatemas. La reproduccion del hombre, que por una parte le acerca al bruto, le eleva por otra hasta la pura inteligencia por las leyes que rodean este gran misterio de la naturaleza, y por la sublime participacion

(1) *Qui corporali jejunio vitia comprimis, mentem elevas, virtutem largiris et premia.* (Prefacio de la misa durante la cuaresma.)

Platon ha dicho, que si la naturaleza no tuviera medios físicos para prevenir, al menos en parte, las consecuencias de la intemperancia, este vicio fatal bastaria por sí solo para hacer inhabil al hombre *para todas las facultades del genio, de las gracias y de la virtud, y para estender en él el espíritu divino.* (In *Tim. Opp.*, tom. x, p. 394.)

concedida al que se ha hecho digno de él. Pero ¡cuán temible es la sancion de estas leyes? Si pudiéramos percibir claramente los males que resultan de las generaciones desordenadas y de las innumerables profanaciones de la primera ley del mundo, retrocederíamos llenos de espanto. Ved ahí porque la única, la misma inteligencia verdadera es también la única que sin haberlo reducido todo al hombre, se ha apoderado sin embargo del matrimonio y lo ha sometido á santos reglamentos. Creo que su legislación sobre este punto debe ser colocada en la esfera de las pruebas más sensibles de su debilidad. Los sabios de la antigüedad, aunque privados de las luces que nosotros poseemos, se hallaban más cerca del origen de las cosas, y habían llegado hasta ellos algunos fragmentos de las tradiciones primitivas; y así vemos que se habían ocupado fuertemente de este objeto importante, porque no solo creían que los vicios morales y físicos se trasmitían de padres á hijos, sino que por un resultado natural de esta creencia, advertían al hombre que examinase detenidamente el estado de su alma cuando al parecer no se entregaba sino á las funciones de las leyes materiales. ¡Qué no hubieran dicho si hubieran sabido lo que es el hombre y lo que puede su voluntad! No se imputen pues los hombres sino á sí mismos la mayor parte de las enfermedades que les afligen, padecen justamente lo que á su vez harán padecer. Nuestros hijos llevarán consigo el castigo de nuestros defectos; nuestros padres los han sufrido de antemano.

EL CABALLERO.

Sabeis amigo mio, que si fuerais oido por algunas personas que yo conozco, os considerarían como ser iluminado.

EL SENADOR.

Si esos hombres de que me habláis me hiciesen ese cumplimiento en la acepcion natural, yo les daría sinceramente las gracias; porque nada sería más feliz y más honorífico que el estar realmente *iluminado*; pero no es esto lo que entendéis. En todo caso, si soy iluminado, no lo soy al menos de los que hablamos hace poco (véase la página 29); porque mis *luces* no provienen seguramente de ellos. Por lo demás, si el género de mis estudios me conduce algunas veces á hojear las obras de algunos hombres extraordinarios, ya vos mismo me habeis proporcionado una regla segura para no estraviarnos, regla á la que nos deciais hace un momento sometiais constantemente vuestra

condueta. Esta regla es la de la utilidad general. Cuando una opinion no choca, no perjudica ninguna verdad reconocida y cuando por otra parte tiende á instruir al hombre, á perfeccionarle, y á hacerle dueño de sus pasiones, yo no veo motivo para que la rechacemos. Puede el hombre estar demasiado penetrado de su dignidad espiritual? No podría ciertamente engañarse creyendo que es para él de la mayor importancia el no obrar nunca en las cosas que se han puesto á su disposición, como un instrumento ciego de la Providencia; sino como un ministro inteligente, libre y sumiso, con voluntad anterior y determinada de cumplir los proyectos del que le ha enviado. Si se equivoca en la estension de los efectos que atribuye á esta voluntad, es menester confesar que se equivoca muy inocentemente, y me atrevo á añadir muy felizmente.

EL CONDÉ.

Admito de todo corazón esa regla de la utilidad que es común á todos los hombres; pero nosotros tenemos otra que nos liberta de todo error; á saber, la de la autoridad. Que se diga, que se escriba todo lo que se quiera; nuestros padres han echado ya el áncora; atengámonos á ellos y no temamos ni á los iluminados ni á los impíos. Separando por lo demás de esta discusión todo lo que pudiera mirarse como hipotético, estaré en mi derecho estableciendo este principio incontestable; *que los vicios morales pueden aumentar el número y la intensidad de las enfermedades hasta un punto que no es posible señalar, y reciprocamente, que el abominable imperio del mal físico puede ser reducido por la virtud á unos límites que es también imposible fijar.* Así como no hay la menor duda sobre la verdad de esta proposición, no debe haberla tampoco para justificar los caminos de la Providencia aun en el orden temporal, si se une sobre todo esta consideración á la de la justicia humana, pues que está demostrado, que bajo este doble aspecto, el privilegio de la virtud es incalculable aun sin apelar para ello á la razón, ni á ninguna consideración religiosa. Creéis que salgamos ahora del orden temporal?

EL CABALLERO.

Empiezo á fastidiarme tanto de la tierra, que no sentiría nada que tuvieseis la bondad de llevarme más alto. Si pues...

EL SENADOR.

Me opongo á ese viaje por esta noche. El placer de la conversacion nos seduce, y el dia nos engaña; porque ya es mas de media noche. Vámonos pues á acostar de acuerdo con nuestros relojes, y mañana concurremos á la cita.

EL CONDE.

Teneis razon: Las personas de nuestra edad deben en esta estacion formarse una noche convencional para dormir tranquilamente, asi como tambien deben formarse un dia facticio en invierno para favorecer el trabajo. En cuanto á nuestro Caballero nada impide que despues de haberse separado de sus graves amigos vaya á distraerse en el gran mundo. Encontrará sin duda ninguna mas de una casa en que aun estarán sobre la mesa.

EL CABALLERO.

Me aprovecharé de vuestro consejo con la condicion sin embargo de que me hareis la justicia de creer que no pienso distraerme *en ese gran mundo* tanto como aquí. Pero decidme antes de separarnos si el bien y el mal están acaso distribuidos en el mundo como el dia y la noche. Hoy no encendemos las bugias sino por fórmula. Dentro de seis meses apenas las apagaremos. En Quito se encienden y se apagan las luces todos los dias á una misma hora. Entre estos dos puntos extremos, el dia y la noche van creciendo del equador al polo y viceversa en un orden invariable; pero al fin del año, cada uno saca su cuenta y cada persona ha recibido sus cuatro mil trescientas ochenta horas de dia y otras tantas de noche. Qué pensais de esto Sr. Conde?

EL CONDE.

Mañana hablaremos.

SEGUNDA VELADA.

EL CONDE.

Devolveis la taza, Caballero, no quereis mas té?

EL CABALLERO.

No, gracias; me contento por hoy con una sola taza; educado, como sabeis en una provincia meridional de Francia en que no es mirado el té sino como un remedio contra el reuma, he vivido despues entre pueblos que hacen grande uso de esta bebida: la he usado como los otros para seguir la costumbre, pero sin haber encontrado jamás placer bastante para hacer de ella una necesidad. Por otra parte no soy partidario por sistema de esas nuevas bebidas; ¿quién sabe si nos habrán traído tambien enfermedades nuevas?

EL SENADOR.

Eso podrá ser muy bien, sin que la suma de enfermedades que hay en la tierra se haya aumentado; porque suponiendo que la causa que indicais haya producido algunas incomodidades ó enfermedades nuevas, lo que me parece bastante difícil de probar, habria tambien que tomar en cuenta las enfermedades que se han debilitado considerablemente, y que aun han desaparecido casi en su totalidad, como la lepra, la elefantiasis, etc. Además, yo no me inclino á creer que el té, el café y el azúcar, que han tenido un éxito tan prodigioso en Europa, se nos hayan dado como castigos: me inclino mas á mirarlos como presentes. Pero